

El otro, el desconocido, el extranjero, el enemigo, el cotidiano, el vecino, el conocido y el comportamiento social. Influenza A/H1N1/2009 en México

Iván Loría Caballero*

El jueves 23 de abril los miembros del gabinete del presidente Felipe Calderón fueron convocados con urgencia y apuro, porque algo estaba pasando en la nación que nos ponía en riesgo a todos y a todas nuestras instituciones. El secretario de Salud Córdova Villalobos informó al presidente sobre un nuevo virus de influenza que se está presentando de forma irregular, fuera de tiempo o de su estación, y me imagino que le informó de la profecía del virus esperado para hacerle entender la magnitud del problema que representaba para los mexicanos y el mundo la presencia de este desconocido extranjero, de este extraño, de este nuevo inquilino, por decirlo más sencillo, de Otro virus nuevo y desconocido.

A principios del año en curso las autoridades en materia de salud del mundo detectan la presencia de una nueva mutación de virus, en otras palabras, se dan cuenta de “otro” virus más, solo que éste responde posiblemente al tan esperado pero temido virus Frankenstein descendiente de la mal llamada gripe española, de la que Alfred Crosby hace una excelente referencia en su libro *La pandemia olvidada*. Así es, una pandemia olvidada en los libros de Historia, en la educación pública en México, en los programas seudoculturales y culturales de los medios masivos de

comunicación; desconocida por las nuevas generaciones y olvidada por los adultos mayores sobrevivientes, que por las fechas si existe alguno debe de tener mas de cien años. Es importante comenzar por este punto para comprender la complejidad que representa la presencia en la comunidad global y más específicamente en México de este “otro” virus desconocido al que llamaré, para no meterme en problemas calificativos, como A/H1N1/2009.

Si preguntamos: ¿qué opina de la Primera y la Segunda Guerra Mundial?, seguramente obtendremos como respuestas que fue un suceso negativo, que afectó a la humanidad, que Adolfo Hittler era muy malo, y

sobre todo, que murieron muchas personas; las guerras calientes son sinónimo de muerte y destrucción en todos los sentidos, social, económico, cultural, espiritual y político. Eso lo tenemos muy presente y nos ayudan a recordarlo constantemente las grandes producciones hollywoodenses, dirigidas por los más grandes aún, directores judíos norteamericanos. Sin lugar a dudas Estados Unidos apoya todo lo que sirva para satanizar a los diabólicos nazis que querían dominar, invadir y destruir al mundo entero, tarea que únicamente le corresponde a los gringos y nada más a ellos. Nos enseñan a recordar en las escuelas a los igualados alemanes, a las guerras mundiales, con su gran cantidad de

* Profesor-Investigador del Departamento de Relaciones Sociales de la UAM-X.

muertes y sus campos de concentración, pero nos privan del conocimiento de la epidemia de influenza de 1918 que afectó al 25% de la población mundial y produjo la muerte de 60 millones de personas en dos años: seis veces el número de individuos que fallecieron en combate en la Primera Guerra Mundial y cuatro veces los que murieron en la Segunda. Estamos hablando de la madre de todas las pandemias: ni la Peste de Peloponesio, la Plaga Antonina, la Plaga de Justiniano y la Peste Negra juntas se acercan a la magnitud de muerte y facilidad de contagio de la mal llamada Gripe Española.

Nos podemos preguntar: ¿por qué ante un hecho de esta magnitud no estamos llenos de información por todos lados, en la televisión, el radio, los periódicos, campañas del gobierno, etcétera? Posiblemente el miedo de lo ocurrido ha dejado mudos a los gobernantes del mundo entero, o simplemente no esperan que vuelva a pasar algo así, o piensan que si sucede ya veremos cómo le hacemos.

Por fortuna la comunidad científica, que en México no se distingue por su gran comunicación con la sociedad, ha estado al tanto del comportamiento de los virus, vigilándolos de cerca, atentos ante cualquier riesgo.

Si piensan que la actividad científica es aburrida y sin emociones fuertes, les recomiendo que busquen el libro de Gina Kolata, *Flu*, donde describe con gran detalle la aventura que llevó al virólogo William Hale a desenterrar cuerpos sepultados en permafrost (congelados) que estén bien conservados y encontrar el virus de influenza de 1918, esto en 1950, treinta y dos años después. Eso es valentía y no payasadas como enfrentar al narcotráfico frontalmente, imagínense, ya el hecho de desenterrar un cuerpo es en sí algo escalofriante, pero, ¿buscar un virus que mató a sesenta millones de personas en dos años!, eso es de admirarse. Ante un propósito tan disparatado necesitas más de una persona, y al virólogo Hale lo apoya y acompaña el estudiante de microbiología Johan Hultin, quien tuvo el mérito de identificar las pocas comunidades de Alaska que reunían las condiciones para hallar los cuerpos con el virus de la influenza de 1919. Aunque sí encontraron el cuerpo infectado no pudieron obtener la muestra del virus. Fue hasta después de más de cuarenta años cuando Jeffery Taubenberger desarrolló las técnicas que harían posible recuperar el virus de tejidos maltratados por el paso del tiempo; ante esta situación, Taubenberger buscó en

San Francisco al ya retirado microbiólogo sueco Hultin y van de nuevo a Alaska, donde por fin logran el objetivo inicial de William Hale, conocer al virus que mató a un 25% de la población mundial.

Gracias a estos tres científicos sabemos que el virus de 1919 se trata de un virus atípico de la gripe aviar, que se multiplica más rápido que un virus de la gripe común y que mataba a todos los ratones de laboratorio en una semana. Desde hace años diversos grupos han anticipado que la gripe aviar dará origen a una pandemia que producirá daños a la salud y trastornos económicos sin precedentes, y cómo no pensar así con un antecedente tan drástico que hace preguntarse constantemente a la comunidad científica cada que aparece un nuevo virus que se contagia de humano a humano: ¿será este el virus de la pandemia anunciada?, ¿cómo saberlo con certeza antes de que mate a unos cuantos millones de personas?, y ¿si no mata a tantas personas?, ¿no es el virus esperado?; aunque se ha relacionado a la ciencia con la magia, los científicos no se pueden adelantar a los hechos y menos al comportamiento de “otro virus” al que las condiciones del capital han favorecido sus mutaciones y con esto han aumentado el riesgo de contagio y peligrosidad. Lamentablemente, ver o viajar al futuro sigue siendo pura ciencia ficción, que aunque ciencia al fin, no deja de ser ficción. Y la única forma de conocer la capacidad destructiva de un nuevo virus es viviendo con el virus, sin embargo, con el conocimiento genético del RNA de los virus, podemos crear armas (antivirales y vacunas) para enfrentar al enemigo y de esta forma reducir las consecuencias negativas de su presencia y de su ataque. Teniendo estos elementos me resulta difícil clasificar si hay acciones exageradas o extremas ante la presencia de un nuevo virus que “puede ser el esperado”.

El “Otro virus” nuevo y desconocido A/H1N1/2009

El jueves 23 de abril los miembros del gabinete del presidente Felipe Calderón fueron convocados con urgencia y apuro, porque algo estaba pasando en la nación que nos ponía en riesgo a todos y a todas nuestras instituciones. El secretario de Salud Córdova Villalobos informó al presidente sobre un nuevo virus de influenza que se esta presentando de forma irregular, fuera de tiempo o de su estación, y me imagino que le informó de la profecía del

virus esperado para hacerle entender la magnitud del problema que representaba para los mexicanos y el mundo la presencia de este desconocido extranjero, de este extraño, de este nuevo inquilino, por decirlo mas sencillo, de otro virus nuevo y desconocido.

Para explicar el sentido del otro en la presente epidemia que nos afecta actualmente a los mexicanos me apoyo en el pensamiento de uno de los pensadores franceses más provocativos y estimulantes de nuestra época, Jean Baudrillard, quien dice que el sentido del otro es tanto alteridad como diferencia, el otro de la alteridad no se parece a nosotros, es exótico y lejano, es referirse al otro como el Otro. Aunque la gripe sea la misma aquí y en China, la gripe en China es “otra” que la gripe en México, sabemos que existe y que la podemos padecer, pero mientras esté en “otra” parte del mundo es una alteridad, este otro virus sólo es Otro, es desigual pero no es diferente.

El otro de la diferencia es próximo, tan cercano que no nos gusta confundirnos con él porque en él está el peligro, el otro desde la diferencia es ese otro. Dentro de las prácticas sociales que llevamos día, a día los sucesos inesperados pueden alterar la rutina o el orden social, por ejemplo: si choca un camión de cervezas en la avenida Tlalpan altera las prácticas de muchas personas, los que previeron en las noticias el accidente cambian su ruta diaria para llegar a sus trabajos, y los que no, van a llegar más tarde que de costumbre; al utilizar nuevas rutas aumentan el tráfico de éstas haciéndolas más lentas para los que acostumbran usarlas diario, por lo que posiblemente también lleguen tarde a sus objetivos. Este es un ejemplo muy gráfico, el accidente como suceso es inesperado, pero el camión como objeto en medio de una avenida es la presencia de otro que altera a todos metafóricamente hablando.

Yo estoy acostumbrado a salir de mi casa en la madrugada para ir a correr, saludo al señor que entrega el diario, veo al vecino que se va a su trabajo y a su esposa despidiéndolo desde la puerta de su casa, llego al parque y caliento un poco; durante la semana somos los mismos personajes de siempre, de vez en cuando falta alguno, a veces somos muchos, otras pocos pero ya nos ubicamos, regreso a mi casa, saludo al del puesto de los jugos y le compro uno de naranja, veo a las madres pasar con sus hijos un poco apresuradas porque ya les van a cerrar las puertas del Colegio donde estudian los pequeños,

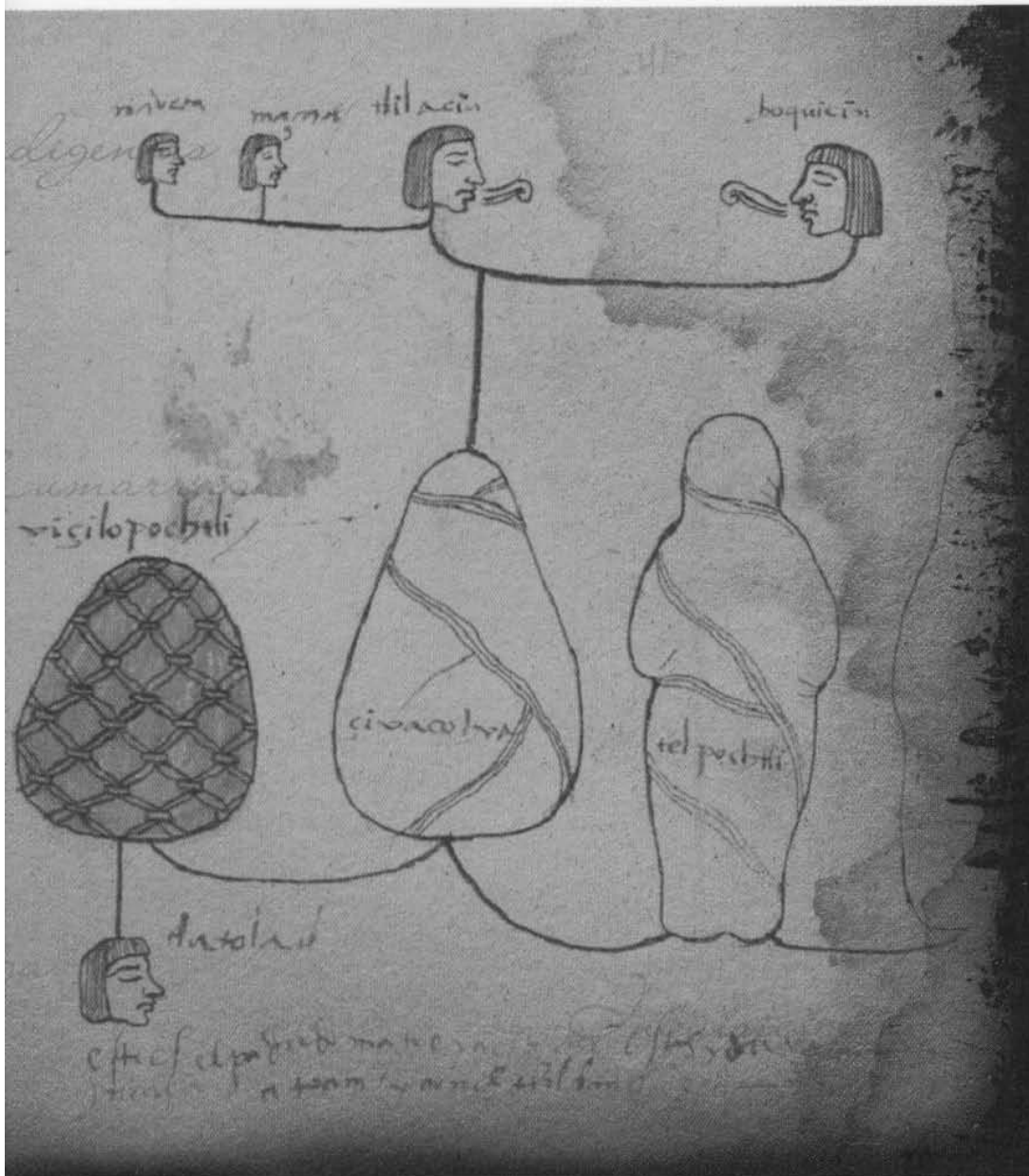
algunas ya van de regreso platicando sin prisa alguna pues ya lograron su objetivo de cada día, la cremería tiene la fila larga de siempre, la señora de los tamales ya tiene alrededor de ella a sus fieles adoradores de la masa comiendo su tecolota con un atole calentito, los del taller de al lado de mi casa empiezan a acomodar sus carros y yo entro a mi casa a darme un buen baño. Alguna vez se ha llegado a presentar algún extraño proveniente de un lugar desconocido, con una mirada desconocida, y por supuesto, intenciones desconocidas, cuando esto sucede no falta la vecina que lo reporta a la patrulla, esto varía según el atuendo del intruso; otras veces alguien se le acerca a preguntarle qué quiere por aquí, en otras ocasiones después de varios meses lo asimilamos y se vuelve parte de nuestra cotidianidad, pero en otras ocasiones sin siquiera ser visto, nos roba autopartes, asalta a algún miembro de la comunidad, hurta nuestra basura y se va, o después de algunos días nos enteramos que secuestraron o robaron la casa de alguien. Hay ocasiones en que cuando llego de correr y veo a alguien sospechoso, alguien que no conozco, a otro que no es de nosotros (comunidad o sociedad cotidiana) me doy la vuelta y espero a que se vaya para poder entrar a mi casa.

Con esta breve descripción nos damos cuenta que el simple hecho de la presencia de otro desde la diferencia nos altera y alerta, por lo que transforma nuestras prácticas sociales de diversas formas, que dependen mucho de cómo o quién es este otro, ya que las prácticas sociales que se desencadenan a partir de esta otredad pueden ser positivas o negativas, pero no indiferentes. Por lo tanto es necesario conocer al otro para entender las reacciones que produce.

El virus A/H1N1/2009 se paró afuera de nuestras casas a principios de año, pero como es un cuasi organismo considerado la mínima expresión de vida por unos científicos y un tipo de zombie por otros, no lo podíamos ver; además hay que agregar que no todos los virus representan la gran amenaza esperada, pues como ya había mencionado, sus efectos destructivos solo los podemos medir cuando pasan; sin embargo, desde que se manifestó este virus, sin saber cómo se llama, ni conocer su estructura genética, le echaron el ojo los científicos epidemiólogos encargados de esta tarea, ya que presentaba características de riesgo a diferencia de otras manifestaciones de virus.

Indígenas en la Inquisición Apostólica de fray Juan de Zumárraga

María Elvira Buelna Serrano



SERIE ESTUDIOS
BIBLIOTECA DE
CIENCIAS SOCIALES
Y HUMANIDADES

UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA
METROPOLITANA
Azcapotzalco